



**UN CRIMEN
COMO DIOS MANDA**

José Raúl Benítez

A pesar de haber visto el aviso de «Cerrado» en la puerta, la joven mujer, quien no medía más de un metro y medio de altura, decidió de todas formas golpear. A través de la ventana, podía divisar una tenue luz que se asomaba por debajo de la puerta de una de las oficinas. Las últimas horas había conducido su camioneta *Land Rover* a la máxima velocidad y estaba desesperada. Si nadie le atendía, se quedaría en su vehículo toda la noche hasta el día siguiente. No tenía nada más que hacer en aquella ciudad, puesto que había ido a la Capital con el único motivo de contratar los servicios de *Skopein*.

Como siempre, Blas era el único que se encontraba en su lugar de trabajo aquel frío jueves a las diez de la noche. Todos sus empleados se habían ido hace más de una hora antes. Con sus cuarenta y nueve años de edad, había trabajado durante casi veinte en la sección de investigaciones de una compañía de seguros. Finalmente, y a costa de largos años de ahorro y duro trabajo, pudo crear su propia agencia de investigaciones, algo con lo que siempre había soñado.

Estaba archivando algunas carpetas en su oficina cuando unos insistentes golpes en la puerta principal perturbaron su tranquilidad.

— Es urgente, por favor, necesito hablar con alguien —dijo rápidamente la joven ni bien Blas le abrió la puerta—. Me llamo Milagros Tornatore.

— Mucho gusto. Yo soy Franco Blas, el dueño de esta agencia.

Blas no perdió tiempo y la guió hasta su oficina.

— Muy bien, vos dirás, ¿en qué te puedo ayudar? —dijo una vez que los dos se sentaron uno frente al otro cerca del escritorio.

La muchacha tardó unos eternos segundos en responder. Se mordía el labio nerviosamente y jugaba con sus manos sobre la mesa, tratando de que no le temblasen.

— Esta madrugada asesinaron a mi padre. Le han disparados tres balazos en la cara mientras dormía en su cama —dijo Milagros con voz cortada, mientras unas lágrimas recorrían su pálido rostro—. Era el pastor de la iglesia de mi pueblo.

Lo habitual era que las mujeres jóvenes —y a veces también otras que no lo eran tanto— llegaran hasta la agencia sólo porque tenían sospechas, la mayoría de las veces injustificadas, de que sus novios o maridos las estaban engañando. *Skopein*, a pesar de aceptar casi doscientos casos al año, muy pocas veces era contratada para investigar una muerte. Y aquello no se trataba de un simple asesinato, sino de uno brutal.

Milagros guardó silencio mientras sacaba un pañuelo de su bolsillo para limpiarse las lágrimas.

— ¿De qué pueblo? —preguntó amablemente Blas para que la mujer siguiera hablando.

Blas era una persona cordial y amistosa, pero detrás de esos buenos modales había una máquina experta en descubrir si una persona mentía u ocultaba algo. Esta capacidad la había adquirido durante la época que trabajaba como empleado en la compañía de seguros, puesto que con frecuencia los clientes inventaban mentiras para intentar realizar algún fraude. A Blas le bastaba con percibir una sola contradicción, mirada nerviosa o silencio más largo de lo debido para empezar a sospechar sobre la autenticidad de lo que le contaban. La mayoría de las veces se podía saber la verdad tan sólo haciéndoles un rápido interrogatorio a las presuntas víctimas, quienes al cabo de unos minutos se alteraban y eran incapaces de sostener su propia historia.

— De Puerto Esperanza —respondió Milagros—, un pequeño pueblo correntino que está al sudeste de la provincia. Esta tarde la policía empezó a buscar a mi novio para apresarlo, pero yo sé que él no mató a mi papá. Tony jamás haría una cosa así.

— Entiendo —dijo Blas con tono sincero y comprensivo—. Pero ¿qué pruebas tiene la policía contra él?

— Encontraron su documento de identidad bajo de la cama de mi padre, pero estoy segura de que eso fue puesto allí por el verdadero asesino, aunque a los policías le da lo mismo si mi novio es culpable o inocente, porque necesitan inculpar a alguien para dar tranquilidad al pueblo. Ahora nadie más que yo cree que él es inocente. Todos ya lo condenaron socialmente, pero se debe más a prejuicios religiosos que a otra cosa.

— ¿Prejuicios religiosos?

— Me refiero a que todos creen que es culpable sólo porque es católico.

— ¿Y eso qué tiene que ver? —dijo Blas rápidamente, quien no podía creer lo que estaba oyendo.

— Actualmente en mi pueblo casi todos son evangélicos. Somos casi dos mil habitantes y menos de cien son católicos. Existe mucha rivalidad y discriminación entre ambas partes.

Para Blas aquello no fue muy difícil de entender, puesto que él sabía sobre la tensa relación existente entre esas dos religiones. Se estaba haciendo una idea mental de aquel pueblo, al cual se lo imaginó como una pequeña Irlanda dentro de Argentina.

— ¿Dónde está su novio ahora?

Milagros dudó un momento, pero luego le confesó que se ocultaba en una modesta casa de campo a cuarenta y tres kilómetros de la Capital. Blas le dijo que aceptaría el caso, pero puso como condición que su agencia tendría que hablar con Tony para preguntarle lo que sabía. Milagros, aunque se negó al principio, finalmente anotó en un papel la dirección del escondite.

Siguieron hablando durante más de veinte minutos y luego de un largo e incómodo silencio, Blas dijo:

— No quiero parecer poco sensible, pero necesito hablar de nuestros honorarios.

— Creo que esto será suficiente para empezar —dijo Milagros tendiéndole por encima de la mesa un abultado sobre de papel maché que sacó de su cartera.

Blas lo abrió y quedó impresionado por la cantidad aproximada de dinero que calculó que había dentro. El sobre contenía más dinero de lo que su agencia ganaba en un mes de trabajo.

— Creo que esto es demasiado —dijo, aunque sólo por cortesía, puesto que mantenía sus manos aferradas al sobre por si a la mujer se ocurría pedirle que le devolviera.

— No tiene de qué preocuparse. Acéptelo, no crea que me quedaré pobre. Lo que está ahí es menos de la mitad de lo que se recolecta sólo con el diezmo de un fin de semana. Quiero que las personas que me envíen tengan lo necesario para aclarar todo esto lo antes posible —dijo segura de sí misma.

— Creo que si acepto todo este dinero le estaría robando —dijo nuevamente Blas, aunque ya se había adueñado del mismo y sólo hablaba sobre el tema para que la mujer no pensase que él era un sinvergüenza.

— Si cree que me está robando, tampoco hay motivo para preocuparse. Usted tendrá cien años de perdón —dijo Milagros al mismo tiempo que se levantaba de la silla para despedirse—. Muchas gracias por aceptar el caso.

Mientras la acompañaba hacia la salida, Blas le prometió que su agencia haría todo lo que estaba a su alcance para resolver aquel asesinato a la mayor brevedad posible.

Luego de reflexionar unos minutos, decidió enviar inmediatamente a Puerto Esperanza a cuatro de sus investigadores, pero dos de ellos —el policía y la periodista— estaban ocupados trabajando y no podrían irse hasta el viernes a la noche. De todas formas, decidió enviar al criminólogo y al criminalista. Los otros dos se reunirían con ellos el sábado por la mañana, luego de pasar por la casa donde estaba Tony, para hacerle una cuantas preguntas.

Santiago Fresler, el criminalista de Skopein, tenía veintiocho años de edad. En ese momento conducía su Peugeot 405 hacia Puerto Esperanza. Estaba impaciente por analizar la escena del crimen, porque, como buen criminalista, sabía que *el tiempo que pasaba era la verdad huía*.

— ¿Alguna reflexión sobre el crimen? —le preguntó al joven que estaba en el asiento del acompañante.

— Sería un error empezar a sacar conclusiones antes de tiempo —dijo Tomás—. Todavía hay muchas cosas que no sabemos. Pero sin duda parece un caso interesante.

Tomás Di Bastian tenía veintiún años y había terminado sus estudios de criminología pocos meses atrás. A diferencia de Santiago, a él casi no le interesaba el mecanismo utilizado para realizar el crimen sino los motivos que

impulsaban al asesino a matar. Analizar la mente criminal era una actividad a la que siempre había considerado muy estimulante.

— No sólo interesante, sino muy extraño —dijo Santiago—. En cualquier delito se produce un intercambio entre la víctima, el culpable y la escena del crimen, pero normalmente no se encuentra algo tan comprometedor como un documento de identidad, sino cosas mucho más sutiles, como huellas digitales, pelos, sangre o semen. Encontrar un documento con la identidad del asesino es algo demasiado bueno para no ser dudoso. Es un objeto muy delator para no ser considerado, como mínimo, sospechoso.

Tomás no sabía mucho del tema, pero opinaba lo mismo que Santiago: aquello era muy extraño. Recordaba haber leído un libro en el cual pasaba algo similar, puesto que se había encontrado un reloj con el nombre del aparente asesino estadounidense en la escena de un crimen ocurrido en Inglaterra. Debido a esta pista, todos estaban seguros de la culpabilidad del estadounidense, pero el *pequeño* inconveniente era que este ya había vuelto a su país. En las siguientes cien páginas, el detective cruzaba el océano Atlántico para capturar al sospechoso, quien era atrapado y regresado a Inglaterra. Finalmente, después de tantas páginas desperdiciadas en la persecución, ¡resulta que es inocente! La historia, aunque entretenida, pecaba de absurda.

Llegaron a Puerto Esperanza a las cuatro de la madrugada y alquilaron un bungalow para ambos. Santiago fue directo al dormitorio y se dejó caer en una cama, sin siquiera quitarse la ropa. Pensaba que Tomás haría lo mismo, pero estaba equivocado. Cuando despertó, a las siete de la mañana, la cama de éste no había sido tocada. Lo encontró en el living, con dos libros y un lápiz entre sus manos.

— Hay café caliente en la cocina —dijo sin levantar la vista de sus libros.

— ¿Dormiste algo? —preguntó Santiago, aunque era evidente la respuesta.

— Tengo demasiadas ideas en mi cabeza y no me dejan dormir.

Tomás había pasado las últimas tres horas marcando fragmentos y desgastando dos Biblias de diferentes ediciones para que parecieran que tenían mucho uso. Aunque a Santiago le daba lo mismo ir a la iglesia con una nueva que con una usada, él no pensaba lo mismo. Sabía que era costumbre de los evangélicos idolatrarlas y que con frecuencia echaban una ojeada a la Biblia de los otros. Una Biblia nueva despertaría muchas sospechas.

— Hubieras descansado un poco —dijo Santiago—. Hay mucho trabajo por hacer y tendrías que estar bien despierto.

Tomás estaba ansioso por ir a la iglesia para presenciar el velatorio del pastor. Además, sabía por experiencia que un funeral era el lugar dónde se escuchaban las cosas más curiosas sobre los difuntos. Pero grande fue su desilusión al encender la radio y enterarse, a través de un programa local de noticias, que el funeral sería recién el domingo. Según la periodista, unos amigos cercanos al pastor habían hecho este pedido a la hija, quien aceptó. Argumentaban que la aplazarían hasta ese día para que de esa forma «*los hermanos cristianos de todo el mundo que quieran asistir, puedan hacerlo*».

— Voy a ducharme —dijo Tomás, decepcionado, mientras se alejaba hacia el baño.

Santiago agarró una de las Biblias, la abrió al azar en una página y leyó lo primero que encontró marcado: el versículo 25 del capítulo 20 de Juan.

La iglesia *Jesús Vive* tenía una original estructura arquitectónica. Su interior estaba capacitado para acoger a más de dos mil personas y el exterior era todo blanco, con altas paredes y una inmensa cruz de madera en su cumbre. A diferencia de lo que pasa en las iglesias católicas, en las evangélicas nunca representan a Cristo colgado en la cruz, puesto que intentan transmitir que ya no está muerto sino que ha resucitado.

Con sus Biblias en mano, Santiago y Tomás entraron cuando el culto estaba a punto de empezar. Santiago llevaba un maletín negro y ambos, como todos los demás hombres, iban vestidos con traje, camisa y corbata. A pesar del intenso frío, todas las mujeres llevaban vestidos o polleras. Tomás sabía que la razón de esto era que en la Biblia decía que las mujeres no debían vestir de la misma manera que los hombres y, por lo tanto, tenían terminantemente prohibido usar pantalón o cualquiera de sus variantes.

Tomás sonrió de manera sarcástica, aunque disimuladamente, al leer «*DAD Y SE OS DARÁ*» en letras rojas en un gran cartel que estaba en la pared detrás del altar. También vio en uno de sus laterales una canasta colmada con hojas de papel. Él sabía que se trataba de la canasta de pedidos de oración, en la cual los fieles dejaban escritos sus deseos para que el Ministerio de Intersección pidiera por ellos a Dios. Consideraba que esto era aún más inocente que escribirle una carta a Papá Noel.

El nuevo pastor de la iglesia era un hombre de unos cuarenta años y pícaro sonrisa llamado Gustavo Hanke. Durante casi una hora habló sobre la muerte del pastor Tornatore y leyó un puñado de pasajes de la Biblia, los cuales intentaban encontrarle algún sentido a su brutal asesinato. «*Porque el señor de los cielos y de la tierra tiene un plan para todo*», dijo a modo de conclusión. Al pronunciar estas palabras, miró a Milagros Tornatore, quien estaba sentada en primera fila y le devolvió una débil sonrisa para no ser descortés.

A contrario de lo que le pasaba en una misa católica, Tomás no tenía ganas de dormirse, ya que el culto evangélico era totalmente teatralizado y divertido. Incluso tuvo que dominarse a sí mismo para no echarse a reír a carcajadas debido a lo absurdo y sin sentido de las palabras del pastor. Hanke decía a cada rato metáforas inverosímiles, pero sin duda tenía una capacidad sorprendente para relacionarlas con la realidad; aunque, claro está, dichas relaciones no resistían ni al menor análisis.

A Santiago, Hanke no le cayó muy bien, ya que lo consideró un timador astuto del peor tipo. No le gustaba para nada todos esos movimientos de manos y expresiones exageradas que hacía con su rostro. «*¿Habrá sido el asesino?*», se preguntó a sí mismo. El motivo pudo muy bien haber sido ocupar el cargo pastoral.

Luego de más de tres horas de un monólogo ininterrumpido, el pastor Hanke bajó del altar, el cual era un escenario de un metro y medio de altura. En su lugar subió una hermosa mujer rubia de unos treinta años, quien llevaba puesto un sensual y ajustado vestido de seda de color añil. Sus pechos eran pequeños y firmes. Inclino su cabeza hacia arriba y, con los ojos cerrados, empezó a hablar.

— Ahora, señor, te bendiciremos con nuestras ofrendas, porque sabemos que tú eres un Dios poderoso, señor, y que mientras más te damos más recibiremos, señor. Oh sí señor. Te aceptamos a ti como el rey de reyes, el amo y señor de la tierra y del maravilloso reino de los cielos, oh sí señor, oh sí, alabado seas...

Santiago no creía que se trataba de una casualidad el hecho de que las ofrendas fueran pedidas por una mujer tan atractiva físicamente.

— ...oh sí señor, seremos generosos contigo para que tú veas los buenos y bondadosos que son nuestros corazones. Oh sí gloria a ti señor, te daremos la ofrenda silenciosa, señor —Tomás inmediatamente se dio cuenta que con esto la mujer quería decir «*el señor quiere billetes, no seas un miserable que le da monedas*»—. Oh sí señor, porque sabemos que si somos buenos contigo tú nos bendecirás en gran manera, oh sí señor, porque sabemos que tú eres poderoso, oh sí señor...

Al escuchar tantas veces «*oh sí señor*», Santiago se acordó de una novia que había tenido en su época universitaria.

Aproximadamente veinte personas recorrieron la iglesia con charolas en mano para recolectar el dinero de las ofrendas. Una vez que todos ofrendaron, menos dos, la mujer sensual bajó del escenario y el pastor Hanke volvió a subirse. Lo primero que hizo fue recordar a la congregación que las ofrendas, los diezmos y las primicias eran tres cosas diferentes y que si querían llegar al reino de los cielos debían dar las tres cosas.

— Al señor no le agrada los corazones que no son generosos —dijo en tono acusador—. Ahora se les repartirá los sobres para que pongan los diezmos. Recuerden escribir sus nombres, para así poder ser identificados por el señor. No olviden entregármelos al final del culto, porque no querrán ustedes perderse la gloria eterna de Dios por ahorrarse unos billetes. Nuestro señor es tan bueno que el noventa por ciento restante le deja quedárselo para ustedes, pero la Biblia nos dice que si no le damos el diez por ciento es como si le estuviésemos robando.

Mientras el pastor decía esto, las personas que antes habían tenido las charolas pasaron a repartir sobres a todos los adultos presentes.

— Maximiliano, ¡la música! —le dijo el pastor Hanke al encargado del sonido, un muchacho pálido y debilucho que se encontraba a unos metros.

Mientras comenzaba a escucharse una suave canción instrumental de fondo, el pastor empezó a hablar con más énfasis que antes, casi a los gritos, usando palabras incompresibles:

— Oshama kaya payanada maya gofunaya...

Tomás sabía que aquello era lo que comúnmente se denominaba «*hablar en lenguas*». Básicamente, según los evangélicos pentecostales, esto consistía en un lenguaje codificado mediante el cual el espíritu santo, por medio del cuerpo de una persona, hablaba con Dios. Dicho lenguaje era entendido sólo por estos dos, quienes se comunicaban de esta manera para así evitar que los demonios comprendieran lo que decían.

Todos habían cerrados sus ojos, excepto Tomás y Santiago, quienes observaban atentamente a las demás personas a su alrededor.

Al cabo de unos pocos minutos, varios empezaron a gritar eufóricamente palabras ininteligibles; otros, en su mayoría mujeres, empezaron a llorar; también había quienes empezaron a reír a carcajadas; y algunos hasta se tiraron al piso y experimentaban algo similar a un ataque de epilepsia.

Todo esto tomó por sorpresa a Santiago, quien comenzó a ponerse visiblemente aterrizado. También Tomás se incomodó, aunque nada de lo que estaba viendo era nuevo para él puesto que conocía sobre las tradiciones de los evangélicos; pero una cosa era leer acerca de ello y otra muy distinta presenciarlo. Sabía que esas manifestaciones de locura se debían, supuestamente, a la forma de expresarse del espíritu santo al entrar en el cuerpo de estas personas.

Sin duda, lo más inquietante ocurrió unos minutos después, cuando un joven rechoncho con la cara llena de granos empezó a moverse violentamente por todos lados y a gritar eufóricamente confusas palabras a cualquiera que estuviera cerca. En cuestión de medio minuto, tres hombres lo redujeron y lo trasladaron a una pequeña sala que estaba cerca del escenario.

— Los que lo llevaron son parte de un grupo denominado *Ministerio de Intersección* —le explicó Tomás a Santiago en voz baja—, que vendrían a ser algo así como los exorcistas de este lugar. Se supone que es el grupo encargado de orar al espíritu santo para así mantener alejados de esta iglesia a los demonios, entre otras cosas...

Una vez terminado el culto, la iglesia se fue desalojando muy lentamente. Santiago y Tomás aprovecharon la ocasión para hablar con algunas personas, aunque no consiguieron ningún dato significativo. De lo único que eran capaces de hablar todos era sobre lo infinito que era el amor y el poder de Dios y que la muerte del pastor Tornatore formaba parte de su plan divino.

Luego de casi una hora, finalmente pudieron hablar con Milagros Tornatore. Hasta ese momento, sólo sabían lo poco que Blas les había contado. Tomás estaba impaciente por saber más: ¿cómo era la relación de Milagros con su padre? ¿sería ella capaz de matar a una persona por dinero? ¿estaría dispuesta a cualquier cosa por su novio? Pero, claro está, estas preguntas él no las haría de una manera tan directa.

Tomás no perdió el tiempo en frivolidades e inmediatamente después de presentarse empezó a interrogar a Milagros, mientras Santiago, él y ella caminaban hacia la casa de ésta para examinar la escena del crimen.

— ¿Cómo era la vida de tu papá antes de ser pastor?

Milagros meditó un instante, pensando qué cosas debería contarle primero. Las calles estaban casi vacías y sólo pasaba algún que otro vehículo a cada tanto.

— Nació en el Chaco y sus padres eran católicos ortodoxos. A los veintitrés años se hizo militar. Creo que no tanto porque necesitara una salida laboral rápida, sino porque le gustaba *jugar con la pistola*.

Santiago nunca se hubiera imaginado que aquella mujer podría hablar así de su propio padre muerto. Le sorprendió la ironía con la que dijo aquellas últimas palabras y, unos segundos después, divisó una leve sonrisa nerviosa en su rostro.

— Varias veces me di cuenta de eso, de que se sentía poderoso con un arma en la mano. Pocos años después conoció una iglesia evangélica pentecostal en la ciudad de Resistencia, y, a medida que aumentaba su fanatismo hacia esa religión, fue distanciándose de toda su familia. Iba a la iglesia todos los días y no pasó mucho tiempo antes de que se decidiera que lo suyo era predicar los evangelios. Siempre decía que había hablado con Dios en un sueño y que éste le había dicho que su destino era ser el pastor de la iglesia más grande de nuestro país.

»Era un orador de primera, podía hacerle a una persona un lavado de cerebro en cuestión de segundos. Poco a poco fue ganando un cierto prestigio en la iglesia, pero, cuando murió quien era el pastor en ese entonces, mi padre no lo sucedió. Supongo que la razón fue que se dieron cuenta que sus ganas de tener autoridad no eran muy saludables.

Tomás y Santiago escuchaban atentamente cada una de sus palabras. Milagros hizo una breve pausa. Hablar sobre ese tema le resultaba muy difícil y no entendía qué era exactamente lo que ellos querían saber.

— Unas semanas después de la muerte del pastor, mi papá abandonó definitivamente Chaco junto con mi mamá. Por ese entonces él habrá tenido unos veintisiete o veintiocho años y ya se había casado con ella, a quien había conocido en la iglesia. Él siempre le decía que un día Dios lo había despertado durante la madrugada y le dijo que juntara todas sus cosas, porque «*el día había llegado*». Luego, según sus propias y repetidas palabras, lo guió hasta este pueblo y le dio la «*sagrada misión de ganar las almas de sus habitantes para el reino de los cielos*».

»Cinco años después nació yo, su única hija. En ese momento mi papá ya había creado su propia iglesia en este pueblo. Desde que tengo memoria, siempre tuvimos muchísimo dinero. Aunque siento vergüenza ajena, voy a serles sincera y confesarles que todo en mi papá era un fraude. Hacía negocios con el sufrimiento y la credulidad de la gente. Eso provocaba que cada día yo me sintiera más avergonzada de él. Mi madre sólo era una pobre mujer sin voluntad propia y murió de un paro cardiorrespiratorio hace dos años. A ella no le guardo ningún rencor, pero a él lo llegué a odiar con toda mi alma.

Milagros se había puesto roja y con los ojos brillosos. Se sentía cada vez más incómoda hablando de todo aquello con dos personas que eran totalmente desconocidas hace poco más de diez minutos.

— ¿Y por qué no te alejaste nunca de todo esto? —preguntó amablemente Tomás, intentando parecer casual para quitar el carácter acusador de sus palabras.

Ella pareció no ofenderse ni ponerse a la defensiva por aquella pregunta.

— Siempre lo intenté, pero no podía. No sólo estaban los chantajes emocionales que constantemente me hacía, sino había algo más. Él pagó todos mis estudios universitarios, pero a cambio me hizo firmar un contrato en el cual yo acordaba que, cuando fuera abogada, tendría que trabajar gratis para él durante cinco años y también estar presente en todos los cultos de su iglesia, para dar la imagen de una hija religiosa unida a su padre. Y lo firmé porque no tenía opción. Era mi única manera de ir a la universidad y escaparme de este pueblo, al menos por un tiempo. Pude recibirme de abogada y tan sólo me quedaban cuatro meses más para cumplir por completo el contrato; luego, podría marcharme tranquila con mi novio hacia donde nosotros quisiéramos. Eso es lo que pienso hacer ni bien se resuelva todo esto. Venderé la casa y la iglesia, abandonaré este pueblo y no volveré nunca más.

Santiago estaba impacientándose. No entendía por qué Tomás quería escuchar todo aquello.

— Contame más sobre la personalidad de tu papá —dijo Tomás.

— Decía que Lucifer siempre estaba en todos lados. Cualquier cosa mala que pasara, siempre lo culpaba a él, hasta cuando se quemaba una lamparita o una persona llegaba cinco minutos tarde a una reunión. Era un paranoico incurable, pero tenía la capacidad de engañar a todas o a casi todas las personas para su propio provecho. Cuanto más lograba él que los fieles temieran a los demonios o a la ira de Dios, tanto más generosos eran éstos con el dinero que daban a la iglesia.

»Además, también era un hipócrita. En público fingía ser un hombre generoso entregado a la voluntad de Dios, pero a puertas cerradas mostraba su verdadero ser. Era codicioso, petulante y sediento de poder. Se creía a sí mismo, según sus propias palabras, "*el elegido por Dios para hacer su voluntad en la tierra*". Una vez, hace varios años, hasta llegó a predicar que todos deberíamos andar desnudos, porque esa era la voluntad de Dios. Decía que la vestimenta fue inventada por Adán y Eva al comer el fruto del árbol prohibido.

»Con el paso del tiempo dejó de ser tan extremista, porque serlo significaba perder a muchos fieles. Sin embargo, continuaba diciendo cosas estúpidas que sus corderos las aceptaban sin cuestionarlas siquiera. Este año, por ejemplo, se le ocurrió la *brillante* idea de prohibir el ajedrez. Para variar, inventó que Dios le había dicho que ese juego fue creado por Lucifer. Día y noche repetía que "*formaba parte del plan creado por el enemigo para enseñar a las personas a matar al rey, a ir en contra de la autoridad*", es decir, en contra de Dios. Según mi papá, el origen exacto del ajedrez siempre fue desconocido porque el diablo no quería que nadie se enterase sobre su plan.

— ¿Hay alguien que abiertamente haya demostrado sus ganas de verlo muerto? —preguntó Santiago, quien estaba inquieto a causa de estar tanto tiempo en silencio escuchando cosas que él juzgaba insignificantes.

Esta pregunta era infaltable en todo interrogatorio sobre un caso de asesinato. Saber los verdaderos motivos del crimen era siempre, sin lugar a dudas, un gran avance en la investigación.

— No que yo sepa, pero todos los evangélicos señalan a mi novio, a pesar de que él y mi padre prácticamente ni se conocían. Buscaban a un cabeza de turco y, ¿qué mejor que el novio católico de la hija hereje incrédula de la víctima?

— *¿Hereje incrédula?* —repitió Tomás—. ¿No creés en Dios?

— ¿Eso es importante? Es decir, no comprendo de qué manera mi respuesta pueda ser útil en la investigación.

— Necesitamos que nos respondas —insistió Tomás—. Probablemente no tenga relación con lo ocurrido, pero uno nunca puede estar seguro de algo así.

Milagros dudo unos segundos, pero después dijo:

— Creo en una inteligencia superior, pero no en el Dios de la Biblia — parecía como si esta fuera la primera vez que aceptaba esto, o por lo menos la primera vez que lo decía en voz alta—. No soy de ninguna religión; pienso que todas engañan a sus fieles para quitarles su dinero. Esto último es cierto sobre todo en el evangelismo. Créanme, porque sé de lo que estoy hablando. ¡Mi papá hasta tenía planeado escribir un tercer testamento para hacerse todavía más rico!

La casa de los Tornatore contaba con una piscina, cuatro garajes particulares con sus respectivos vehículos, una gran fuente de agua en la entrada principal y un inmenso jardín recubierto con decenas de estatuas de ángeles.

Milagros y Tomás atravesaron el jardín hacia un gran hall de entrada. Santiago no entró con ellos, sino que se quedó afuera para examinar el terreno antes de ver la escena del crimen.

No tardó mucho tiempo en encontrar una ventana rota. Según había dicho Milagros, la policía aseguraba que por allí había entrado el asesino o los asesinos.

Mientras se ponía guantes de látex, observó detenidamente el alféizar de la ventana y el interior del dormitorio. Había muchos trozos de vidrio en la habitación, lo que sugería que la ventana fue rota desde afuera. Pero él tenía sus dudas, porque eso era algo que podía ser alterado fácilmente. Si el vidrio había sido roto desde el interior, lo único que había que hacer para fingir lo contrario era juntar las astillas de afuera y desparramarlas adentro. Sin embargo, existía una manera mucho menos conocida pero más confiable para saber de qué lado había sido rota una ventana. Las formas particulares que tenían los bordes de los vidrios que aún quedaban colgados en su lugar les indicaron a Santiago que, efectivamente, la ventana había sido rota desde afuera.

La versión oficial de la policía afirmaba que Tony había entrado por esa ventana cuando la habitación se encontraba vacía. Éste se había ocultado

debajo de la cama y esperó hasta que el pastor fuera a dormir. A las cuatro de la madrugada, cuando el pastor se hallaba profundamente dormido, Tony salió de su escondite y lo mató. Milagros había escuchado los disparos e inmediatamente fue hasta la habitación de su padre. Al abrir la puerta, se percató que éste estaba cubierto la cara con sangre e inmediatamente fue a llamar a la policía. Los policías fueron los primeros en entrar al dormitorio, quienes encontraron al pastor muerto. Al examinar la escena, hallaron el documento de identidad de Tony debajo de la cama.

Santiago entró despacio por la ventana, teniendo cuidado de no cortarse con las esquirlas de vidrio. Apoyó su maletín sobre una silla y lo abrió. Adentro había un completo kit de criminalística, con todas las cosas necesarias para buscar y recolectar indicios.

La cama estaba manchada con sangre, principalmente del lado izquierdo, y también las paredes. Observó la cama centímetro a centímetro hasta que en la parte superior derecha encontró algo que le llamó la atención: un pelo negro de unos cinco centímetros cubierto con sangre, pegado a uno de los respaldos de la cama. A juzgar por su forma y longitud, lo más probable era que se tratara de un cabello humano. Lo agarró suavemente con una pequeña pinza y lo guardó dentro de un frasquito esmerilado de vidrio. Sin duda, el pelo podría ser del pastor, pero también cabía la posibilidad de que fuera del asesino. Dicho indicio serviría para guiarlo en la investigación, pero no podría presentarse como evidencia al no haber sido él designado oficialmente al caso.

Sabía que buscar huellas digitales sería algo inútil, puesto que según Milagros eso ya lo había hecho la policía y no encontraron nada más que el documento. Santiago creía firmemente que no existía crimen perfecto, así que juzgó a la policía de incompetente. De nada serviría buscar las huellas digitales ahora, puesto que los policías habrían alterado demasiado la escena del crimen.

Entró al baño particular del pastor, buscó un peine y lo envolvió en un pedazo de papel higiénico. Luego lo guardó en su bolsillo.

Media hora después, Santiago y Tomás estaban almorzando en su Bungalow.

— La hipótesis de la policía es insostenible— dijo Santiago—, porque es imposible que el pastor, al entrar a su dormitorio, no viera la ventana rota y los trozos de vidrio desparramados por el piso. Y, ¿por qué esperar debajo de la cama hasta las cuatro de la madrugada para asesinarlo? ¿Por qué permanecer oculto tanto tiempo? Además, es extraña la forma elegida para matarlo, ¿por qué usar un arma de fuego para hacerlo? Lo podrían haber matado de una forma silenciosa, con veneno, con una soga o con un cuchillo. Los disparos hacen mucho ruido y este es un pueblo chico y tranquilo, el primer tiro ya despertaría a Milagros y también a todos los vecinos. Y si con un balazo en la cabeza bastaría para matarlo, ¿por qué disparar dos veces más? Lo lógico hubiera sido disparar una vez y luego escapar inmediatamente.

Tomás se quedó en silencio, pensado sobre lo que Santiago decía. No tenía respuesta para ninguna de esas preguntas. El hecho de que lo hayan asesinado de tres balazos en la cara era algo que también a él le había

llamado la atención, pero por otro motivo: la ira del asesino contra el pastor. Esto sugería que el culpable lo conocía, que no era un sicario. Además, ya se había casi descartado la hipótesis de que lo hayan matado con la intención de robar, puesto que Milagros afirmó que en su casa no había desaparecido nada.

Santiago le explicó a Tomás sus dos teorías.

— La primera es que el pastor tuvo sexo con la persona que lo mató y que esta, o este, nunca se sabe, esperó hasta que el pastor se durmiera para matarlo. Mi otra hipótesis es que la asesinó su propia hija, aunque no puedo explicar por qué si ella es la culpable nos contrató para que investigásemos el crimen.

Ambos se quedaron callados durante unos minutos, cada uno sumido en sus propios pensamientos.

— ¿Es posible que lo hubieran matado en otro lugar? —preguntó Tomás.

— Es improbable, porque hay mucha sangre en la pared —respondió Santiago, quien no tenía ninguna duda con respecto al lugar donde se había cometido el asesinato.

Dejaron de hablar del crimen y siguieron almorzando, mientras comenzaban una discusión interminable sobre quién era el mejor escritor de novelas de detectives de todos los tiempos. Santiago decía que era Arthur Conan Doyle, pero Tomás no estaba de acuerdo y opinaba que era Agatha Christie.

Por la tarde, Santiago analizó con un pequeño microscopio el pelo que había encontrado y descubrió que tenía la enfermedad denominada *Cabello de Baynet*. Después, cotejó dicho pelo dubitado con los pelos que estaban en el peine que tomó del baño del pastor. Llegó a la conclusión de que correspondían a diferentes personas, porque los cabellos que estaban en el peine eran de diámetros y estructuras diferentes al otro, y además no tenían la enfermedad de Baynet. Dicho padecimiento normalmente lo tenían sólo las personas mayores, cuando se les empezaba a caer el cabello. No era imposible que lo tuviera alguien menor de treinta años, pero sí muy improbable. Todo sugería, hasta ese momento, que Tony no era el asesino.

Debido a que su maletín estaba equipado sólo con lo básico, Santiago no tenía los reactivos necesarios para determinar el sexo de la persona de la cuál provenía el cabello.

El sábado, Tomás despertó a las diez de la mañana y cuando fue al living vio fumando un cigarrillo a su primo Federico, quien era once años mayor que él. Santiago también estaba sentado en un sofá, pero estaba leyendo unos papeles y no prestó atención a la llegada de Tomás.

— ¿Cómo estás? —preguntó Tomás mirando a su primo.

— Ayer trabajé como un negro —dijo Federico, quien a veces solía ser soez con sus comentarios—. Estoy muerto del cansancio.

Además de trabajar para Skopein, Federico era policía.

— ¿Irene y vos pudieron averiguar algo? —dijo Tomás, intentado cambiar de tema. No era conveniente dejarle a su primo hablar sobre sus propios problemas, porque una vez que empezaba era difícil detenerlo.

Federico Di Bastian era como un nene de cuatro años que intentaba llamar siempre la atención hablando sobre sí mismo. Esto era así porque, a pesar de contar con treinta y dos años, nunca había alcanzado la madurez emocional. La mayor parte del tiempo eso no era un problema sino todo lo contrario, porque gracias a su inmadurez era sociable, buen conversador e interesante. Pero, a veces, su inmadurez era causa de muchos problemas. Era típico de su personalidad simplificar todo hasta la exageración, minimizando sus propios defectos y maximizando sus virtudes. Tenía la costumbre de culpar a otros de todo lo malo que le sucedía, siendo incapaz de aceptar su parte de la responsabilidad.

— Tornatore tenía desde hace diecinueve años un seguro de vida con una compañía estadounidense por cinco millones de dólares, pero hace dos meses dejó de pagar las cuotas y por lo tanto nadie tiene derecho a cobrar ni un solo peso.

— ¿Su hija hubiera sido la beneficiaria de todo ese dinero? —dijo Tomás, aunque estaba seguro de la respuesta.

— Sí. Aunque, sin cobrar el seguro, igual salió muy beneficiada con la muerte de su papá porque es la única heredera de la fortuna.

— ¿De cuánto estamos hablando?

— Imposible saberlo exactamente, porque casi todo el patrimonio de Tornatore provenía del dinero que les quitaba a los fieles y no depositó nada en ningún banco. ¿Quién sabe todos los billetes que tenía escondido? Sólo su casa, la iglesia y los cuatro autos cuestan una fortuna. ¡Mierda que hizo un buen negocio el viejo! Además, era dueño de una imprenta, dónde se imprimían toda clase de libros religiosos y panfletos de propaganda de su iglesia.

— ¿Qué más sabemos de esa imprenta?

— Estuve ahí hace media hora y hablé con algunos empleados. Tenían planeado sacar a la venta una versión de lujo de la Biblia, aunque sólo imprimieron este ejemplar modelo —dijo Federico sosteniendo dicho libro entre sus manos. Le había gustado tanto su diseño y encuadernación que se vio obligado a robarlo de la oficina del pastor.

Tomás la miró de reojo y vio que decía «*La Sagrada Biblia, Versión Completa*» en la portada.

— ¿Hablaron con el novio de la hija del pastor? —preguntó.

— Sí, según Irene es inocente y yo también opino lo mismo. Sinceramente, Tony es una de las personas más inofensivas y patéticas que conozco. No creo que tenga nada que ver con el crimen, es tan sólo un chivo expiatorio. ¡Ni siquiera sabe dónde tiene la cabeza!

Tomás confiaba en el criterio de su primo, pero sobre todo en el de Irene, puesto que ella sabía interpretar cada palabra, movimiento o gesto de la

otra persona, así como también determinar si estos eran deliberados o espontáneos. Ella decía constantemente que «*todo comunica*».

Tomás dejó de lado momentáneamente de su lista de sospechosos a Tony, aunque no lo descartó completamente. Todavía podría descubrirse alguna pista en su contra.

— ¿Qué es eso? —le preguntó a Santiago.

Santiago le pasó a Tomás unas hojas. Se trataba de los resultados de la autopsia del pastor.

— Conseguir esta porquería me costó un huevo y la mitad del otro —dijo molesto Federico—, y encima está muy incompleta. Es totalmente diferente a los resultados que ofrece una autopsia en una ciudad más grande.

Tomás leyó lo que decía, pero nunca antes había leído otros resultados de autopsias, así que no podía opinar sobre si ésta estaba completa o no. Además de un breve informe escrito, había fotografías del cadáver en la morgue. Tomás vio un irreconocible rostro debido a los tres disparos (uno en la frente, otro a unos centímetros de la comisura izquierda de los labios, y el tercero en el ojo derecho). Era como si toda su cara hubiera sido quemada.

— Por las fotografías, podemos saber que los disparos fueron realizados a muy corta distancia del rostro —explicó Santiago—, aproximadamente a unos veinte centímetros a juzgar por las heridas.

Al mediodía, Irene Barrios, una atractiva periodista de veintiséis años, había llegado hasta donde estaban sus tres compañeros y se reunieron los cuatro alrededor de la mesa.

— Quizás esto nos sirva para algo —les dijo Irene a los otros al mismo tiempo que dejaba un cuaderno sobre la mesa—. Es una base de datos elaborada por alguien de la iglesia para que el pastor pueda tener controlado a su rebaño. Están los nombres de toda la congregación y sus números de teléfonos, direcciones y hasta la cantidad de dinero que cobran por mes.

Uno a uno, los hombres observaron el cuaderno aunque de una manera superficial.

A Irene, al igual que a Federico, le resultaba más fácil investigar y conseguir pistas en Corrientes Capital que en otro lado, porque ellos allí tenían contactos. No obstante, ella sabía usar su encanto femenino para conseguir información, pero fundamentalmente sabía todos los trucos que usualmente usaban los periodistas.

— Además, encontré a dos sujetos que me parecen sospechosos —dijo Irene—, o al menos aún más sospechosos que todos los otros locos de este pueblo.

— ¿Quiénes? —preguntó Tomás ansioso.

— Estuve investigando a los fanáticos más extremistas de la congregación y a los que daban clases en la escuela bíblica. Me enteré que el señor Vento, el profesor de Religiones Comparadas, no ha vuelto a su casa desde el miércoles a la noche. Pero su esposa todavía no ha informado a la

policía. Ella afirma que no hay qué preocuparse porque su marido frecuentemente, y sin avisar a nadie, pasa días enteros en la iglesia rezando y haciendo vigiliias para así estar más cerca de Dios. Pero pregunté a todos los de la iglesia si alguien lo había visto los últimos días y me dijeron que no.

— ¿Cuántos años tiene Vento? —preguntó Tomás.

— Alrededor de cincuenta y cinco.

Federico miró intrigado a su primo, porque él sabía muy bien que las preguntas más inocentes de Tomás con frecuencia eran las más importantes. ¿Había preguntado la edad de Vento sólo por preguntar o acaso descubrió algo que ellos todavía no?

— El otro sospechoso es un chico de dieciocho años llamado Maximiliano Débole, quien es el encargado de los aparatos de sonido y era el preferido de Tornatore. Su comportamiento los últimos meses ha sido cada vez más extraño. Sin ir más lejos, el lunes pasado intentó exorcizar en una plaza a una nena de cinco años, porque ésta le había dicho a un nene llamado José que él se llamaba como el padre de Jesús. Maximiliano la escuchó e inmediatamente sacó un crucifijo y le gritó palabras *en lengua* para sacarle el demonio —Irene no pudo evitar decir irónicamente estas últimas palabras—. Actuó así porque consideró que la nena estaba negando la paternidad de Dios sobre Jesús. La mamá de la nena se enojó mucho con Maximiliano y fue a quejarse con el pastor y él le prometió que haría algo.

Después de haber almorzado, Santiago y Federico se fueron a seguir investigando cada uno por su cuenta. Irene y Tomás siguieron hablando en el living del bungalow.

— Está la mayor parte del día en la iglesia y cuando se encuentra en su casa siempre se encierra en su habitación para leer la Biblia —dijo Irene cuando Tomás le pidió que le contara más sobre Maximiliano—. Se identifica a sí mismo con *Job*, pero la verdad es que averigüé y creo que la mayoría de sus aflicciones son sólo imaginarias. Tiene la esperanza de que Dios lo recompense por todo su supuesto sufrimiento. Debido a que le gusta humillar a las demás personas, no tiene amigos, aunque era muy unido a Tornatore. Admira de una manera enfermiza a Lutero y se ve a sí mismo como un intelectual revolucionario, pero es cobarde y ni siquiera tiene capacidad para razonar por sí mismo. Puede recitar de memoria los versículos más largos de la Biblia y tiene bastante talento para dibujar, pero no sabe hacer mucho más que eso. Constantemente se engaña a sí mismo creyendo cualquier cosa por más ridícula que suene, siempre y cuando saque algún provecho de ello. Posee un extraño fetichismo por el lenguaje y lee el diccionario casi tanto como su Biblia. Mientras estaba hablando con él, su forma de ser me hacía recordar a Perry Smith, el personaje de «*A sangre fría*».

— ¿Es común que un evangélico sea tan fanático? —preguntó Tomás.

Irene, como no sólo era periodista sino que se había recibido como licenciada en comunicación social, sabía muy bien la respuesta.

— Sí, todos son bastantes extremistas, sobre todo los de la rama pentecostal, y esto se intensifica aún más en Argentina. En nuestro país son

todavía minoría y siempre en una minoría se observan características similares, como por ejemplo el sentido de pertenencia común, la insana obsesión por perpetuar sus creencias, su rechazo a todo lo que sea popular y, sobre todo, el autoaislamiento del grupo con respecto a la sociedad. Los evangélicos creen ser «*los elegidos*» de Dios y, por ende, tienden a creerse superiores a los «*no elegidos*». ¡La historia del judaísmo es un claro ejemplo de todo lo que estoy diciendo! —dijo Irene, elevando apasionadamente su tono de voz.

A la siesta, Federico salió a caminar por las tranquilas calles de Puerto Esperanza. Era lo que siempre hacía cuando tenía algún problema: caminar hacia ningún lugar en especial, intentando poner en orden sus pensamientos. Trataba de encontrar una solución al enigma. En su boca tenía un chicle de menta, puesto que gracias a esto evitaba fumar mucho. Mientras caminaba, con su dedo índice de la mano izquierda, hacía girar su cadenita de oro, de la cual colgaba una pequeña cruz.

Estaba convencido de que el seguro de vida guardaba alguna relación con el crimen. A él, al igual que a Tomás, le encantaba cuando Blas le contaba anécdotas sobre los fraudes que había evitado cuando trabajaba en la compañía de seguros. Federico recordaba el caso de un ajedrecista que estaba jugando un torneo a más de ochenta kilómetros de distancia de su casa, en el momento que ésta se incendiaba. Pero gracias a —o por culpa de— Blas, no había cobrado nada del seguro, porque éste había descubierto que en el momento del incendio dentro de la casa no había ninguno de los cientos de trofeos de ajedrez y tampoco los tableros de colección que poseía. Además, descubrió que en los portarretratos de las paredes, que quedaron con los vidrios calcinados, no había ninguna foto. Estaba claro que el hombre había sacado todas sus pertenencias más valiosas de su casa porque sabía que habría un incendio. Gracias a esta pista, no fue muy difícil para Blas hacerle confesar su culpabilidad al ajedrecista —a cambio de no presentar una denuncia por intento de fraude a la compañía de seguros—, quién admitió haberle pedido a un amigo que prendiera fuego su casa para así poder cobrar el seguro.

No tardó mucho tiempo en llegar a una plaza. Ahí vio a un hombre hablando con un joven gordinflón que tenía la cara llena de granos. Federico se acercó a ellos y se ocultó detrás de un árbol para tratar de escuchar lo que decían.

— No importa tanto lo que digas —dijo el pastor Hanke a su interlocutor—, sino la forma en que lo digas. Es lo mismo que hacer una película de ciencia ficción. Supongamos que sos director de cine y tenés que dirigir una escena en dónde una persona se enoja con un dragón. La clave está en la interpretación del personaje y no tanto en la calidad de los efectos especiales. Por más dinero que gasten después en modernos efectos digitales para crear al dragón, la escena no va a ser creíble si el actor humano no le da vida a su personaje.

— ¿Y eso qué tiene que ver con mi problema? —dijo el muchacho gordo, quien estaba claramente angustiado.

— Lo que trato de decirte es que la próxima vez que intentes ganar un alma para el reino de los cielos, transmitas a la otra persona lo que vos sentís. Que el otro pueda sentir tu fe en el señor, que sepa que vos estás agradecido y que aceptas a Cristo Jesús como tu único salvador. No te preocupes si no se te ocurren tan buenas metáforas como a mí. Leí la carta que enviaste al Ministerio de Intersección la semana pasada y todos juntos oramos por vos, pero si Dios no quiere que seas un buen predicador, no debés angustiarte por eso. Nuestro señor te dio otro don, que es hablar en lenguas, y eso es muy importante para su plan divino.

Escuchar aquello animó a Federico y se le había ocurrido una idea. Salió detrás del árbol y empezó a desandar sus pasos, esta vez caminando mucho más rápido que antes. Revisó sus bolsillos y contó el poco dinero que traía encima. «*Esto servirá*», pensó.

La siesta se había convertido en tarde mientras Santiago e Irene seguían en la iglesia conversando con los fanáticos religiosos, tratando de averiguar algo importante, aunque hasta el momento el esfuerzo había sido inútil.

Irene se encontraba conversando con un militar retirado llamado Cristian Domínguez, quien estaba angustiado porque su mujer lo había abandonado y empezó a dibujar una figura en un papel. Se trataba de un triángulo rectángulo, cuya base era la hipotenusa y en el vértice superior, supuestamente, estaba Dios, y en los vértices laterales se encontraban él y su esposa. Explicaba que la pareja no podía pasar a través de la hipotenusa, sino que para estar juntos de nuevo debían subir por los catetos hacia el vértice donde los esperaba Dios. Irene no tenía ganas ni siquiera de discutir con aquel hombre, puesto que sabía que era imposible hacerlo entrar en razón.

Desvió su vista hacia arriba y observó por primera vez la elevada altura en la que se alzaba el techo. Sabía que era una manera de demostrar poder, causando un toque de misticismo y magnificencia, logrando contaminar a las personas con el germen de la religiosidad. Luego prestó atención al altar, donde un cáliz y unas pequeñas copas doradas despertaron su curiosidad. La forma de despilfarrar dinero de la iglesia era apabullante, y también paradójica si se consideraba que la mayoría de los fieles eran de clase baja o media. O quizá justamente por eso lo hacían, para que aunque sea por un momento los creyentes pudieran olvidar su problemática situación económica y convencerse de que su Dios tenía riquezas y poderes infinitos. Era algo similar a lo que pasaba con los católicos, cuyo máximo ejemplo era el Vaticano, donde había cientos de miles de invaluable obras de artes, oro y piedras preciosas, sin contar las inmensas fortunas en efectivo provenientes de las limosnas.

Miró hacia donde se hallaba Santiago, quien en ese momento estaba con un adolescente alto y desaliñado que creía que Dios le había curado de cáncer de próstata y les mostraba a todos su radiografía de pelvis, asegurando que el pequeño punto blanco que se veía en la placa era la firma de Dios.

Cuando el loco del triangulo se fue, Irene sintió que alguien le tocaba la espalda.

— Necesito que saques de este lugar a toda esta gente, después te explico por qué —le susurró Federico al oído y se alejó de nuevo.

Volvió a mirar a Santiago, quien ahora estaba escuchando de un matrimonio un exaltado discurso sobre la superioridad de las Biblias Thompson.

— ¿Mi amor —le dijo Irene en voz alta a Santiago con una teatral grandilocuencia—, ya le contaste a nuestros hermanos cristianos sobre el don que Dios te dio, el de convertir agua en vino?

Todos los que escucharon esto miraron fascinados a Santiago. Él sabía que era fácil hacerlo, puesto que en su maletín tenía permanganato de potasio, el reactivo necesario para el truco.

— No, no —dijo Irene con énfasis—, mejor salgamos al patio para que puedan ver que también caminás en el agua.

Santiago estaba claramente confundido y no entendía nada, pero Irene le hizo un sutil gesto con el rostro para que le siguiera la corriente.

— ¡Hermanos, salgamos todos al patio —gritó Irene mirando a la multitud—, para que mi amado esposo nos muestre su don de caminar sobre el agua, como Jesús!

— ¿Qué estás haciendo? —dijo Santiago en voz baja mientras todos los fieles salían por la puerta trasera.

— Tenemos que desalojar la iglesia, Federico tiene un plan.

— Maldito el día que decidí ser tu novio, sabía que serías mi tumba —bromeó Santiago mientras salían al patio.

Las hojas doradas y marchitas daban un lúgubre aspecto al lugar. Había una piscina en el centro del frondoso jardín, la cual era usada para el bautismo de los nuevos fieles en la época en que el río del pueblo se encontraba crecido.

El silencio fue total, todos estaban ansiosos y expectantes por lo que iba a ocurrir en pocos segundos. Santiago se acercó a la piscina, la cual estaba casi repleta de una cristalina agua que permitía ver nítidamente su fondo pintado de un color turquesa.

Extendió sus brazos hacia los costados, para aumentar el dramatismo. Lentamente bajó su pie derecho hacia el agua y luego se dejó caer...

...y cayó.

Todos los fieles se quedaron impávidos y atónitos al ver cómo sus esperanzas se desintegraban al sumergirse en la fría agua junto con el cuerpo de aquel hombre. Ninguno ni siquiera intentó ayudarlo a sacarlo de allí, porque estaban petrificados por la desilusión.

Irene ayudó a salir de la piscina a Santiago, quien tenía su traje completamente empapado. Mientras tanto, los crédulos observaban incrédulos desde lejos, resistiéndose a creer que aquel hombre no era un ángel enviado del cielo para aliviar los sufrimientos de sus almas.

— ¡Juro que es la primera vez que me pasa! —dijo Santiago, excusándose.

Veía en sus rostros suplicantes y ansiosos una angustia irremediable, como si esperaran de él mucho más de lo que él o cualquier otra persona pudieran hacer por ellos. Se sintió culpable, porque había provocado que esa pobre gente se desilusionara otra vez, como seguramente lo habían hecho miles de veces antes, por no obtener su tan anhelado milagro. Y lo peor de todo era que él ni siquiera sabía por qué lo había hecho.

— Espero que tengas una buena explicación para esto —dijo cansado a Irene mientras abandonaban juntos la iglesia por la salida de atrás, ante la escrutadora mirada de la desconcertada muchedumbre.

— Yo también lo espero —dijo Irene, entre divertida y preocupada.

Había oscurecido hace más de media hora y hacía mucho frío cerca del río. En el muelle, Tomás estaba hablando con una chica llamada Eugenia. No tardó mucho tiempo en darse cuenta que ella provenía de una familia destruida y sufría mucho a causa de ello, como casi todos los religiosos más ortodoxos. No pudieron hablar demasiado tiempo, porque ésta se tenía que ir a la iglesia.

—Que la sangre de Cristo te proteja del frío —dijo antes de irse.

Tomás sintió pena por ella, pero no podía hacer nada para ayudarla. Mientras la chica se alejaba por el muelle de madera, Tomás vio que su primo venía corriendo hacia él.

— Tengo algo que mostrarte —dijo Federico eufórico, metiendo las manos dentro de uno de los bolsillos internos de su campera de jeans.

— ¿Qué es esto? —dijo Tomás al ver las dos hojas de papel que Federico le daba.

— Son dibujos de Maximiliano.

Tomás los miró detenidamente. Los dibujos eran bastante simples, aunque originales y bien hechos. Ambos hojas contenían diferentes imágenes de distintos modelos de pistolas, vistos desde diferentes ángulos. Lo que más le llamó la atención fue que algunas armas estaban ensangrentadas.

— ¿Cómo lo encontraste?

— Lo encontré cuando estaba revisando su habitación.

— ¿Y para qué hiciste eso?

— Porque me pareció sospechoso lo que dijo Irene de él y además pensé que capaz podía encontrar algo que me aclarara qué significa esto —dijo Federico al mismo tiempo que le daba otra hoja. Ésta decía «*Pídanle a nuestro señor para que el plan (que él sabe cual) no presente inconvenientes. M.M.D.*»

Al ver la expresión de Tomás, Federico le explicó de dónde había sacado ese papel. Era una carta que Maximiliano había dejado en la canasta que contenía las cartas dirigidas al ministerio de intersección. Federico se había pasado toda la siesta buscando comercios para comprar diferentes tipos de lápices, biromes y hojas. Luego, había escrito muchas cartas pidiendo por cosas diferentes, intentado hacer una caligrafía distinta cada vez y firmando con nombres que sacaba del cuaderno de datos de la congregación. Cuando tuvo una cantidad considerable, fue a la iglesia y cuando Irene y Santiago la

desalojaron, él las intercambió por las que estaban en la canasta. Se había tomado todo ese trabajo porque sino, si las robaba sin más, despertaría sospechas. Cuando tuvo las cartas verdaderas en su poder, las leyó una por una sin saber muy bien qué era lo que estaba buscando, aunque tenía la leve esperanza de encontrar algún pedido extraño o alguna confesión anónima. La carta que más le llamó la atención fue la que le acabó de dar a Tomás, no sólo por el pedido en sí sino por el hecho de que estaba firmado sólo con las iniciales. No le fue difícil averiguar que dichas iniciales sólo correspondían a uno de los fieles ni tampoco cual era la dirección de éste, puesto que toda esa información estaba en el cuaderno que Irene había conseguido. Como en el momento que había descubierto esto fue a las seis de la tarde y a esa hora Maximiliano iba a estar en la iglesia, porque había reunión de obreros —de la cual, según el cuaderno, era miembro—, Federico no perdió ni un solo segundo y fue directo a la casa de éste. Luego de verificar que no había nadie, entró y revisó la habitación que supo era la de Maximiliano debido a las fotos y a las citas bíblicas escritas por las paredes.

— ¡Eso fue muy ingenioso, mi estimado Watson! —dijo Tomás, orgulloso por la habilidad demostrada por su primo.

— Tengo las otras cartas en una bolsa en el auto, por si querés leerlas. Pero ¿qué pensás que significa ésta? —dijo intrigado, señalando con su mirada la hoja que su primo aún tenía en las manos.

Federico había buscado por todos lados a Tomás para mostrarle esas tres hojas porque había supuesto que él sabría lo que significaban, pero grande fue su sorpresa al escuchar la respuesta de su primo.

— Ahora ese es nuestro inconveniente: no tengo ni la más remota idea de lo que significan. Ni siquiera estoy seguro de que signifiquen algo.

Los cuatro se reunieron alrededor de la mesa en el living del bungalow. Intentaron llegar a alguna conclusión, pero a ninguno se le ocurría una hipótesis que conectara todas las pistas.

— ¿A las cuantas horas el cadáver empieza a descomponerse? — preguntó Tomás mirando a Santiago y a Federico, porque creía que los dos sabían la respuesta— ¿Es normal postergar un entierro tanto tiempo?

— No es normal —contestó Santiago—, pero en este pueblo nada lo es. Lo habitual es que un cuerpo se empiece a descomponer en 24 horas, o incluso antes. ¿Por qué preguntás eso?

- No, por nada...

A las dos de la mañana se cansaron de discutir y se fueron a sentar en los sofás, cada uno sumido en sus propios pensamientos.

Federico jugaba a dar vueltas su cadenita entre sus dedos. Tomás se quedó mirándola en silencio unos segundos. Fue lo último que vio antes de cerrar sus ojos y quedar profundamente dormido.

Tuvo un sueño pesado, en el cual dieron vuelta por su cabeza decenas de pensamientos aparentemente inconexos. Cuando despertó, lo primero que vio fue a su primo durmiendo en el sofá de enfrente. Ya no estaban Irene ni

Santiago y el sol entraba por la ventana y le lastimaba los ojos. Pasaron varios minutos hasta que por fin aclaró sus ideas.

— ¡Federico, Federico! —le dijo a su primo a los gritos al mismo tiempo que le movía el brazo izquierdo para despertarlo—. Creo que solucioné el caso.

Tomás miró el reloj y se alarmó. Eran casi las siete. No sabía a qué hora exacta los evangélicos empezarían la función de su circo, por eso lo mejor era llegar a la iglesia cuanto antes.

Federico aún no se despertaba del todo, sino que estaba semidormido con los ojos abiertos. Pero lo gritos de su primo sí habían despertado a Irene y Santiago, quienes inmediatamente salieron asustados del dormitorio.

— ¡Quiere *resucitar* un domingo! —les dijo Tomás.

— ¿De qué estás hablando? —preguntó Irene confundida.

— Lo del asesinato fue un truco. En realidad, la persona muerta es Vento y el asesino es el pastor Tornatore —dijo Tomás lo más rápidamente que pudo, sin dejar espacio entre una palabra y otra—. La muerte fue un jueves y el pastor hará como si reviviera un domingo, al igual que Jesús.

— ¿Y por qué Maximiliano hizo esos dibujos? —preguntó Santiago, quien no creía ni comprendía el razonamiento usado por Tomás para descubrir la supuesta verdad.

— Quizá por orden del pastor. Supongo que Maximiliano era el encargado de realizar el nuevo logo que piensan usar a partir de hoy.

— ¿Una pistola con sangre sería el nuevo símbolo? —dijo Santiago sorprendido—. Eso es absurdo...

— No, no es absurdo —dijo Irene, quien ya empezaba a entender lo que decía Tomás—. ¡O al menos no más absurdo que tantas otras cosas religiosas! A Jesús lo mataron en la cruz y ahora muchos llevan una pequeña cruz colgada al cuello. Si lo hubieran matado a balazos, muchos hoy llevarían la miniatura de un arma de fuego.

— ¿De verdad Tornatore piensa que todo esto funcionará? —preguntó escéptico Santiago.

— Claro que sí funcionará si no hacemos algo para evitarlo —dijo Irene—. La forma más común del engaño consiste en engañarse a uno mismo. La mayoría de las personas son tan infelices que creen todo aquello que necesitan creer, por más absurdo e inverosímil que sea.

Irene estaba preocupada por lo que pasaría si ellos no detenían el plan de Tornatore. Sabía que la historia la escribían los ganadores y que con el pasar de los años los hechos reales se irían distorsionando cada vez más hasta llegar a su completa deformación. Los cuatro habían llegado a Puerto Esperanza tan sólo para resolver un asesinato, pero ahora debían hacer algo más: en sus manos estaba el poder de evitar un crimen mucho peor que podría tener repercusiones devastadoras en el futuro. No quería pensar sobre ello, pero en su cabeza se arremolinaban cientos de temores: guerras santas, cruzadas, colonizaciones, inquisiciones, ignorancia y retrasos científicos; todas estas ideas daban vueltas en su mente a una vertiginosa velocidad.

— No hay más tiempo para discutir. Si quieren, más tarde podemos jugar al Método Socrático —dijo Tomás de mala gana, en el mismo momento que se dirigía a la puerta—. Después les explico cómo llegué a la conclusión, pero ahora deben confiar en mí y hacer lo que yo les diga. Vamos a la iglesia antes de que el anciano embustero salga de su ataúd, porque si logra hacerlo tendremos que hacer algo más que reiniciar el conteo del calendario.

La iglesia estaba repleta de personas vestidas de luto riguroso. El ataúd se encontraba en el medio del altar y estaba cerrado, porque los amigos del difunto juzgaron que las heridas de su rostro eran demasiado impresionables como para dejar la tapa abierta.

Los primos Di Bastian estaban de pie cerca de la primera fila, esperando el momento de actuar. Federico tenía entre su pantalón su Browning con silenciador. Empezó a preocuparse y a ponerse ansioso, porque en ese momento el cigarrillo encendido que había pegado con un chicle en el techo del baño ya debería de haber activado la alarma contra incendios. No era el momento de ser sutiles, pasaría lo que tenía que pasar.

Santiago e Irene se acercaron a Milagros y los tres juntos salieron de la iglesia. No estaban seguros de si la vida de ella corría algún tipo de peligro, pero lo mejor era no tentar su suerte. Por fin lograría escaparse para siempre de Puerto Esperanza, aunque evidentemente no de la manera que hubiera querido, porque después de lo que estaba por hacer Federico no se podría demostrar jamás la inocencia de Tony.

Maximiliano estaba en su lugar habitual, cerca del escenario, controlando los aparatos de sonido. Tenía mucho miedo de que el plan fallase, pero sabía que nada podía salir mal porque Dios no permitiría que eso ocurriese.

Él no entendía por qué Dios había matado a tanta gente con el diluvio ni por qué había dejado morir a su hijo en la cruz. El pastor Tornatore le había explicado que era para que su sangre limpiase los pecados de la humanidad, pero aún así Maximiliano no lo había comprendido del todo. A partir del momento en que el pastor le dijo esto, él todos los días se había preguntado a sí mismo si no hubiera sido mejor firmar un contrato en un papel en lugar de derramar tanta sangre inocente. Pero sabía que Dios era perfecto y que las cosas de éste no se discutían, porque sus caminos eran misteriosos. Él estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para colaborar con el plan de Dios, así como el hermano Vento había colaborado con su propia muerte.

Maximiliano siempre había sabido que algún día cumpliría un papel importante para salvar al mundo de las garras del mal. Satanás era astuto y él le tenía miedo, pero el espíritu santo le había dado cada día la valentía necesaria para enfrentarlo y mantenerlo lejos de su vida. Miró ansioso su reloj, ya casi era la hora. Sin ninguna duda, después de hoy su lugar en el reino de los cielos estaría garantizado; porque dentro de pocos minutos, al escuchar los ruidos provenientes del ataúd, él sería el encargado de quitar la tapa y anunciar públicamente el milagro de la resurrección del pastor Tornatore, el nuevo Jesús.

Cuando Hanke estaba leyendo un pasaje de la Biblia, se escuchó una enérgica y penetrante alarma y casi todos empezaron a correr hacia la salida. Tomás estaba en primera fila con Federico porque pensó que sería necesario alejar a Maximiliano; pero, para su sorpresa, éste fue el primero en salir corriendo, gritando desesperadamente.

Cuando la iglesia quedó vacía, Federico subió al escenario, mientras Tomás controlaba que nadie se acercara. Tenían poco tiempo para hacer lo que debían hacer, puesto que los bomberos no tardarían en llegar.

Federico empezó a palmar nerviosamente alrededor de todo el ataúd pero no encontraba la forma de abrirlo. No podía estar sellado, porque eso asfixiaría al pastor. Sabía que debía haber algún tipo de mecanismo oculto, puesto que llegado el momento de la *resurrección* el ataúd debía abrirse con facilidad. También estaba la posibilidad de que la abrieran a golpes, aunque esto era menos probable debido a que podían matarlo de verdad a Tornatore.

Por fin encontró una perilla debajo de un adorno de un león tallado en el ataúd y la tapa se abrió lentamente. Federico vio a Tornatore, quien se sorprendió al verlo a él y no a Maximiliano. No dudó ni por un momento y le disparó directo en la frente. No hizo ninguna pregunta porque sabía que la realidad era muy diferente a las historias de Sherlock Holmes, donde de repente todos se hacían buenos. No había nada similar al remordimiento en aquel hombre y no confesaría su crimen, a diferencia de lo que pasaba en los relatos detectivescos, donde siempre el culpable revelaba todo al final de la historia. Eso era un buen recurso literario, para que el lector comprendiera todo lo ocurrido, pero se trataba de algo muy diferente a lo que pasaba en la vida real. En la realidad, nunca, absolutamente nunca, los sospechosos y el detective se reunían en una misma habitación para que éste último les cuente alegremente cómo resolvió el caso y dijera el nombre del asesino.

Tomás esperaba impacientemente a su primo en el Renault 21. Santiago e Irene ya se habían ido unos minutos antes en el Peugeot 405 con Milagros. Federico dio una última pitada a su cigarrillo y lo dejó caer al suelo, al mismo tiempo que daba una gran bocanada. Luego se subió al auto en el asiento del conductor, cerrando tras de sí la puerta de un golpe.

— Ahora sí, ¿me podés explicar cómo supiste que el pastor no era el muerto? —dijo, al mismo tiempo que ponía en marcha el vehículo.

Tomás se hizo esperar, puesto que le divertía ver la cara de su primo cuando éste sentía curiosidad por algo.

— Hay muchos pequeños detalles que me hicieron sospechar eso, pero sin duda la pista que más llamó mi atención fue la del seguro de vida —dijo, como si aquello fuera algo obvio.

— ¡Pero si ya no tenía más seguro de vida! —dijo Federico apasionadamente.

— La pista es justamente esa: el pastor ya no tenía seguro. Si se moría, nadie tenía derecho a cobrar un solo peso. Y, ¿por qué dejaría de pagar su seguro si ya llevaba casi dos décadas pagándolo? Obviamente no se debía a problemas económicos. Y hay que tener presente que no se trataba de un

seguro de vida común y corriente, ¿se trataba de un seguro de cinco millones de dólares!

» ¿Por qué una persona dejaría de pagar semejante seguro de vida? Se me ocurrieron varias respuestas, pero las fui descartando una a una hasta que sólo una parecía tener sentido: el pastor había dejado de pagar el seguro para que la compañía no investigara su muerte.

— Entiendo. Así únicamente la policía sería la que investigaría lo sucedido...

Federico sabía que las compañías de seguro tenían a los mejores investigadores trabajando para ellos. Cuando estos descubrían fraudes eran recompensados con dinero extra, ascensos o algún otro incentivo, así que hacían todo lo posible por descubrirlos. Por lo tanto, no era nada fácil venderles gato por liebre.

— Exacto, el pastor y sus cómplices sólo debían engañar a la policía. Y eso no es nada difícil, porque se trata de policías de un pueblo pequeño, quienes no están acostumbrados ni tienen los medios suficientes para investigar un crimen. Además, si a esto le sumás que probablemente varios de los policías estaban implicados en el fraude, el engaño no resulta nada difícil.

» Milagros dijo que su papá pretendía escribir el tercer testamento para ganar dinero, pero yo empecé a sospechar que podría tratarse de algo más que sólo dinero. Así fue como se me ocurrió la idea de la resurrección, pero en un principio no la creí probable. La Biblia dice cosas sobre la segunda venida de Cristo, así que a Tornatore no le resultaría difícil engañar a los ingenuos cristianos. Por otro lado, al ser un crimen tan horrendo, los nuevos *tornatornianos*, o como sea que fuera que pretendía llamar a su nueva religión, culparían a todos los católicos de la misma forma que, cuando mataron a Jesús, los cristianos acusaron a todos los judíos. Además, al dispararle a Vento en la cara a quema ropa, desfiguraron su rostro para que ni siquiera Milagros se diera cuenta de que no se trataba de su padre. Por otra parte, al encontrar un cadáver en la cama del pastor Tornatore, todos supondrían de inmediato que se trataba de él y no de otra persona. Ese fue nuestro principal error, querer encontrar al asesino sin antes haber verificado la verdadera identidad del asesinado.

— ¡Todo esto fue una locura total! —Federico estaba totalmente desconcertado—, ¿cómo se le habrá ocurrido al pastor semejante cosa?

— Todo concuerda con la personalidad de un evangélico, puesto que casi todos ellos, debido a su extremo fanatismo religioso, desean especialmente dos cosas: la segunda venida de Cristo y vivir una nueva vida. En realidad esto es cierto para cualquier cristiano, pero para un evangélico es una realidad diaria. Las pistas estuvieron delante nuestro todo este tiempo, pero eran tan obvias que no nos dimos cuenta, ¿qué otra cosa se podía esperar de alguien que tenía una hija llamada Milagros y era dueño de una iglesia llamada Jesús Vive?

— Vos sí que sos un tipo inteligente, ¿me decís de nuevo cuál es tu apellido porque me lo olvidé? —estas palabras constituían algo así como un chiste interno entre ambos primos desde hace ya muchísimos años, aunque al

único que le causaba alguna gracia era a Federico—. ¡Cierto, es igual al mío! Ahora entiendo todo, es algo que llevamos en nuestros genes...

Tomás se había quedado unos minutos pensativo y con la mirada perdida en el horizonte. Había votado, aunque tácitamente, por lo que le parecía mejor, y no se arrepentía de nada. El único que se mostró en desacuerdo con la decisión de matar a Tornatore fue Santiago.

Como criminólogo, Tomás estaba seguro de lo que pasaría si hubiesen llevado a juicio a Tornatore: lo declararían inocente y lo dejarían libre por falta de evidencias. Conocía muy bien las cárceles por dentro como para asegurar, sin miedo a equivocarse, que la mayoría de los que estaban allí no era los peores de la sociedad, sino los más pelotudos y pobres. Y esto ocurría porque la balanza de la justicia casi nunca era justa, ya que se inclinaba a favor de la parte que tuviera el dinero suficiente para costearse al mejor abogado. Y a estos no les interesaba para nada demostrar la verdad, sino representar una escena de teatro para ganar el juicio.

Siempre había pensado que si algún día dejaran de existir los abogados penalistas, el mundo del espectáculo ganaría muy buenos actores. Para triunfar en esa profesión no hacía falta tener muchas virtudes, sino todo lo contrario, porque cuanto más ambicioso, inescrupuloso, mentiroso y buen actor es un abogado penalista, tanto mejor le va en su carrera. Él detestaba, más que nada, a los que cobraban sus honorarios por hora, porque sabía que eran los más corruptos. Aunque, debía admitirlo, sabía también que existían abogados penalistas honestos, pero estos eran una pequeña minoría y ninguno de ellos tenía los bolsillos forrados de billetes ni eran socios de algún bufete importante.

Por otro lado, ¿cómo convencer a los evangélicos que aquello no era una resurrección de verdad? Muchos pasaban toda su vida esperando el regreso de su Mesías, así que nada ni nadie les iba a poder meter en la cabeza que aquello era un sucio engaño.

— Debíamos matarlo, no nos dejó otra alternativa —le dijo Federico con una tenue sonrisa, al mismo tiempo que le daba una breve palmada amistosa en el hombro.

Tomás no dijo nada. Abrió la guantera que tenía enfrente de sí y encontró la Biblia que Federico había robado. La empezó a hojear y vio que en una página roja escarlata decía «*Tercer Testamento*» en grandes letras doradas, y entendió por primera vez a lo que se refería la portada con eso de «*Versión Completa*».

El tercer testamento era narrado por los «*doce apóstoles de Ignacio Tornatore*», que Tomás estaba convencido que eran los cómplices principales del crimen. Pero ya no se podía hacer más nada: todos quedarían sin recibir su justo castigo, porque Skopein no podía darse el lujo de matar a tantas personas sin despertar sospechas. Pero eso a él no le quitaría el sueño, puesto que una de su hipótesis era que en realidad Vento se había dejado asesinar voluntariamente, por el bien de una *causa mayor*.

Observó por el espejo retrovisor un gran letrero que no había visto cuando llegó al pueblo, el cual decía «*Bienvenido a Puerto Esperanza: cada vez más cerca del cielo*». Luego cerró los ojos para dormir un par de horas, no sin antes jurar por Zaratustra que nunca regresaría.